El feminismo radical de los setenta:

Kate Millett

Alicia H. Puleo

"SEXUAL POLITICS" Y SU ÉPOCA

Alice Echols, en su libro *Daring to be bad. Radical Feminism in America (1967-1975),*[1] afirma que la heterogeneidad de puntos de vista de las feministas radicales americanas no puede conocerse si nos limitamos a leer a Kate Millett o a Shulamith Firestone. Es cierto. Y también es verdad que no podemos comprender en todas sus implicaciones las teorías de estas autoras si no las relacionamos con el *Women's Lib* de la época y con la efervescencia contestataria de la nueva izquierda que le precedió y le fue contemporánea. Intentaré aquí esbozar brevemente las líneas principales de *Sexual Politics* (1969) de Kate Millett a la luz de la época que le vio surgir, época de utopías y movimientos contestatarios, de sensación de vivir los últimos días de un sistema político-económico que más tarde se reveló mucho más resistente de lo que se creía. Atendiendo a la observación de Echols, al hacerlo no pretendo exponer en su totalidad los novedosos planteamientos del feminismo radical pero sí recordar algunas ideas clave del pensamiento feminista contemporáneo.

Considero que *Política sexual* es uno de los más sólidos y sugerentes análisis producidos durante los años de surgimiento de la segunda ola del feminismo. El *New*

(1) University of Minnesota Press, USA, 1989.

York Times comentó en su momento: "De lectura sumamente placentera, brillantemente concebido, irresistiblemente persuasivo, da testimonio de un manejo de la historia y la literatura que deja sin aliento". Efectivamente, aún hoy experimentamos esta sensación al recorrer sus páginas y encontrar en ellas el esbozo de más de una teoría posteriormente desarrollada en análisis feministas más académicos y especializados. Es un libro que une crítica literaria, antropología, economía, historia, psicología y sociología en una combinación propia de la Escuela de Frankfurt la cual inspiraba los movimientos contestatarios de la época. Recordemos que, a diferencia de los marxistas ortodoxos, los frankfurtianos no se limitaban a señalar la causalidad infraestructural sino que ponían gran énfasis en los componentes superestructurales psicológicos y sociológicos en un intento de interdisciplinaridad que diera cuenta de los diferentes aspectos del fenómeno estudiado y recuperara el potencial revolucionario de la razón.

Resulta curioso que un libro tan prometedor no haya tenido su continuación en otros de la misma autora. *Flying* (*En pleno vuelo*) es una autobiografía no académica en la que se expresa la veta artística de Kate Millett (escultora y cineasta). Con su escritura entrecortada que intenta reflejar el fluir de la conciencia, *Flying* constituye, en mi opinión, una obra de interés secundario para el feminismo. No obstante, debemos señalar que, fragmentariamente, muestra algunos aspectos interesantes de la militancia, como destaca Lidia Falcón en el prólogo a la edición en castellano. A través de sus páginas, algunas pinceladas rápidas nos dan a conocer la angustia y el desasosiego experimentados por la autora a causa de sus declaraciones de bisexualidad al *Time Magazine* en 1970 y por el igualitarismo mal entendido de los grupos feministas, el mismo falso igualitarismo que Jo Freeman denuncia en su célebre trabajo *La tiranía de la falta de estructuras*.[2] Se trasluce también otro problema de la militancia de las radicales: el revolucionario lema "lo personal es político" terminó por transformarse en una preocupación obsesiva por la vida personal y en un dictado de normas estrictas sobre lo correcto y lo incorrecto. Pero estas observaciones críticas de Millett no son temas centrales de esta obra, que de ninguna manera pretende ser algo similar a la que le hiciera conocer el éxito y la fama a principios de los setenta.

Millett, que había militado primeramente en NOW (National Organisation of Women) de Betty Friedan, pertenece, a finales de los años 60, al grupo de feministas radicales llamado "New York Radical Women" fundado en 1967 por Pam Allem y Shulamith Firestone. El feminismo radical, en sus diversos grupos, se origina en los movimientos contestarios norteamericanos de los años sesenta, en particular como resultado de la insatisfactoria respuesta dada a las reivindicaciones feministas de las militantes en el *Movement*, nombre que recibían dos organizaciones: *SNCC* (*Student Nonviolent Coordinating Committee*, agrupación antirracista fundada por estudiantes negros y blancos en 1960) y *SDS* (*Students for a Democratic Society*), fundada en el mismo año por demócratas, social-demócratas y anticomunistas que privilegiaban el análisis de la dominación psicológica y cultural sobre el de la explotación económica.[3]

(2) Ed. Forum de Política Feminista, Madrid, 1989.
(3) Para el origen y la evolución del feminismo radical, ver el libro de Alice Echols ya citado.

En ambas organizaciones, las mujeres consiguen tener una experiencia política pero terminan encontrando los viejos prejuicios y la inmemorial división del trabajo que los jóvenes daban por superados en los círculos contestarios. La ruptura entre los sexos se produce de forma absolutamente clara en la *National Conference for New Politics* del Día del Trabajo de 1967 cuando las resoluciones de los grupos de discusión de las mujeres no fueron apenas considerados por la presidencia de la convención. Jo Freeman y Shulamith Firestone pidieron entonces el 51% de representación en los votos ya que las mujeres constituían el 51% de la población. Asimismo, solicitaron que la convención condenara los estereotipos sexistas vehiculados por los medios de comunicación, el matrimonio, las leyes de propiedad y divorcio y se manifestara a favor de la información anticonceptiva y del aborto como formas de control de sus propios cuerpos por parte de las mujeres. La presidencia rechazó la petición aduciendo no tener tiempo para debatirla. Evidentemente, no eran temas suficientemente "revolucionarios" o "importantes". Tras esta decepción, el grupo de Chicago publicó un manifiesto titulado *To the Women of the Left* que llamaba a la secesión, inspirándose en la actitud tomada por los negros del *SNCC* que el año anterior habían abandonado el ideal integracionista y acusado a los blancos del *Movement* de paternalismo.

Así nace, entre otros grupos, *New York Radical Women* formado por unos treinta miembros regulares que provenían del movimiento de derechos civiles más que de la izquierda. Este origen determina una mayor independencia con respecto al Movement y a la ortodoxia de la nueva izquierda[4] que la de otros grupos feministas. *NYRW* se definía como anticapitalista, antirracista y en lucha contra la supremacía masculina. Veremos cómo se articulan estas orientaciones fundamentales en *Sexual Politics*.

Esta obra se halla dividida en tres partes. La primera expone la teoría de la política sexual en sus aspectos ideológicos, biológicos, sociológicos, psicológicos y económicos. A esta parte dedicaré mi exposición de la teoría de Kate Millett.

La segunda, titulada "Raíces históricas", examina la fase inicial de lo que llama "revolución sexual" (1830-1930) refiriéndose con este nombre a la primera ola del feminismo, al "Woman's movement" surgido de las organizaciones antiesclavistas que se fijó como objetivos el acceso de las mujeres al sufragio, a la educación y al trabajo asalariado. También analiza las polémicas surgidas en su momento: la teoría de Ruskin de las naturalezas complementarias que buscaba justificar las limitaciones en la educación de las mujeres por su función de "reinas" del hogar y la consecuente desmitificación de tales argumentos llevada a cabo por John Stuart Mill. Se detiene asimismo en los planteamientos de Engels sobre el origen del patriarcado, de la familia y de la prostitución, llevando a cabo una revisión de las posturas marxistas sobre este tema. Después de analizar la obra de B. Shaw, Virginia Woolf, Ibsen, Dickens, Oscar

(4) *Ibid*, p.72.

Wilde y Swinburne como manifestaciones de tres tipos de actitud[5] frente a los cambios sociales de esta primera fase que cubre el período de 1830 a 1930, pasa a ocuparse de la subsiguiente contrarrevolución (1930-1960), centrándose en el nazismo y el stalinismo como ejemplos de reacción de la política patriarcal ante los avances de la lucha contra el sexismo, y en el psicoanálisis freudiano como la respuesta ideológica a estos mismos progresos. Cuatro años más tarde, Juliet Mitchell se opondría a las críticas que Millett, en la tradición de Simone de Beauvoir, hiciera a Freud.

Según J. Mitchell[6] Millett no habría comprendido a Freud porque se mueve en un empirismo que no acepta la existencia del inconsciente. Las críticas feministas ignorarían las leyes del inconsciente, el deseo y la fantasía y creerían que en el niño el principio de realidad está desarrollado desde el nacimiento (de ahí su crítica a la envidia del pene y al complejo de castración). En su intento de rehabilitar a Freud y unir feminismo y psicoanálisis, contra la interpretación de Millett, Mitchell sostendrá que el psicoanálisis es sólo una descripción de la sociedad patriarcal, un análisis, no una recomendación. Sería descriptivo y no normativo. Ofrecería un arma más contra el patriarcado en vez de ser, como lo definía Millett, una política reactiva frente a los avances del sufragismo. Por mi parte, y sin prejuzgar sobre las posteriores teorías psicoanalíticas feministas, creo que una simple lectura de las cartas de Freud o de algunas de sus conferencias puede, al menos, dar la razón a Millett en cuanto al talante adverso del padre del psicoanálisis respecto al sufragismo.[7]

Por último, la tercera parte de *Sexual Politics* presenta "Consideraciones literarias" sobre D. H. Lawrence, Henry Miller, Norman Mailer y Jean Genet, autores con los que ya se había iniciado el primer capítulo del libro que analizaba fragmentos de sus obras como "Ejemplos de política sexual".

Justamente, este comienzo del análisis feminista con pasajes literarios relativos a la sexualidad muestra la importancia acordada por el neo-feminismo a este aspecto de la relación entre hombres y mujeres. El interés por la sexualidad diferencia al feminismo radical tanto del primer feminismo, el sufragista, como de las feministas liberales de NOW. Para el feminismo radical no se trata simplemente de ganar el espacio público (igualdad en el trabajo, la educación o los derechos civiles y políticos) sino también de transformar el espacio privado. En ello, se manifiesta heredero de la comúnmente llamada "revolución sexual" de los años sesenta. Sin embargo, asume una actitud crítica ante tal herencia (lo que no entiende o no quiere entender Mailer cuando en *El prisionero del sexo* critica a Kate Millett en términos súmamente peyorativos

(5) Los tres tipos de actitud que diferencia son: 1) realista y revolucionaria, representada por B. Shaw, V. Woolf, Ibsen y Dickens; 2) sentimental y caballeresca en *Los Jardines de las Reinas* de Ruskin; 3) soñadora y ambivalente con Swinburne y Wilde, en este tercer tipo, el mito de la mujer fatal surgiría de la fantasía homosexual masculina.
(6) Pienso que Mitchell realiza el encomiable (aunque no siempre posible) esfuerzo de reinterpretar un dogma patriarcal para tratar de convertirlo en algo favorable a las mujeres. Cf. Mitchell, Juliet, *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*, Barcelona, ed. Anagrama, 1982. Ed. original: Nueva York 1974.
(7) Cf. Freud, S., "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", *Obras Completas,* vol. III, trad. de Luis López Ballesteros y de la Torre, Madrid, ed. Biblioteca Nueva, 1976, pp. 490-91.

y sostiene que Henry Miller fue uno de los liberadores de la moral sexual). Las feministas radicales ya no son las puritanas del XIX que pedían la extensión del recato y el pudor a los hombres en vez de la liberación sexual para todos, mujeres incluidas ("Votes for women and Chastity for men"). Pero tampoco se dejan engañar por la retórica de una revolución sexual que, como señalara Ann Koedt, traía carne fresca al mercado del sexo patriarcal. A través del análisis de Millett, los supuestos liberadores del sexo (Mailer, Miller, Lawrence) aparecen como agentes de la política de dominación del patriarcado y la sexualidad como práctica política que asigna lugares y funciones naturales a las mujeres como minoría en el sentido sociológico del término (grupo de menor poder). El pene como arma, el coito como sometimiento se revelan como aspectos ideológicos de un sistema mucho más vasto de dominación.

CARACTERIZACION DEL PATRIARCADO

En el comentario a una obra de Jean Genet, *El Balcón*, Millett avanza una tesis fundamental del feminismo radical: el patriarcado es el sistema de dominación básico sobre el que se asientan los demás (raza, clase) y no puede haber verdadera revolución si no se lo destruye. Vemos aquí una respuesta a las posturas de la izquierda que consideraban secundario "el problema de la mujer" y afirmaban que se solucionaría automáticamente con la supresión del capitalismo.

Como señala Amelia Valcárcel,[8] el concepto de *patriarcado* cambia su signo (de positivo e idílico a negativo y explotador) a mediados del siglo XIX, con Bachofen, pero sólo en los años sesenta de nuestro siglo, con el auge militante y el desarrollo teórico del feminismo, el patriarcado será definido como política sexual, entendiendo por *política* "el conjunto de estratagemas destinadas a mantener un sistema"[9] o "conjunto de relaciones y compromisos estructurados de acuerdo con el poder, en virtud de los cuales un grupo de personas queda bajo el control de otro grupo".[10] Millett añade que si la política ideal excluye la dominación y ordena la vida en sociedad de acuerdo a "principios agradables y racionales", hasta la actualidad, la política real ha sido dominación. Así, su obra se presenta como "unos cuantos apuntes hacia una teoría del patriarcado".[11]

La relación entre los sexos es, pues, política. Es una relación de poder. En *Daughters of Beauvoir*, Kate Millett afirma que pertenece a la tradición ilustrada de Simone de Beauvoir y que reconoce la influencia de la autora francesa sobre su propia obra pero que *Sexual Politics* se diferencia de *Le Deuxième Sexe* por su enfoque más político y menos psicológico.[12] Recordemos que Toril Moi, en su libro sobre crítica litera-

(8) *Sexo y Filosofía,* Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 140-41.
(9) Millett, K., *Política sexual,* trad. de Ana María Bravo García, Aguilar, 1975, p.31.
(10) *Ibid*, p. 32.
(11) La autora reconoce modestamente que "Por tratarse de un primer trabajo de investigación, es, por fuerza, tentativo e imperfecto". En el texto en castellano, "primer trabajo de investigación" ha sido traducido como "labor de explotación" (p.32).
(12) Cf. Forster, P., Sutton, I. (editors), *Daughters of De Beauvoir*, London, The Women's Press, 1989, p.22.

ria feminista reprocha a Millett el no haber reconocido suficientemente la influencia de antecesoras como Beauvoir o Mary Ellmann a las que se limita a citar como de paso. También le critica lo que considera una visión excesivamente monolítica del poder patriarcal que le habría impedido tomar debida nota de las actitudes contestatarias de mujeres aisladas.(13)

La emergencia reciente del *black power* y de los movimientos anticolonialistas se deja sentir en la retórica de Millett. El modelo racial es una clave de análisis de las relaciones de poder en su obra. Si la relación entre las razas es política, como habían subrayado los teóricos de los movimientos de liberación anticolonialista, también lo es la relación entre los sexos. Más allá de la pertinencia de la analogía, observemos la apropiación del lenguaje revolucionario del momento por parte del movimiento feminista, fenómeno que puede percibirse también en las reivindicaciones de las mujeres de la Revolución francesa. Como destaca Celia Amorós, el discurso del oprimido u oprimida sólo puede construirse "mediante el expediente de la *resignificación*".(14) De esta forma, las categorías enarboladas por los revolucionarios del siglo XVIII o del siglo XX para denunciar unas relaciones sociales consideradas injustas son radicalizadas y utilizadas por las mujeres para hacer visibles otras relaciones, las que articulan los colectivos genéricos, uso que no estaba de ninguna manera previsto por los varones revolucionarios. Hacia 1789 los cuadernos de quejas dirigidos por burguesas ilustradas a los representantes de la Nación reunidos en Versalles denunciaban que las mujeres, exentas de derechos, eran "el Tercer Estado de la aristocracia masculina". El término *aristocracia* contenía un fuerte elemento crítico hacia los privilegios injustos de que gozaban los nobles y carecían los burgueses. Resignificado, reapropiado por las mujeres, ilumina un ámbito hasta el momento ignorado por la retórica revolucionaria: los varones constituyen también un colectivo que contradice los principios de igualdad preconizados. En 1970, Millett utiliza el lenguaje de denuncia del momento y afirma que las mujeres son colonizadas por el imperialismo masculino, "colonización interior" más sutil y, por lo tanto, más arraigada que otras.

Sin embargo, la dominación patriarcal no es reducida a un estado psicológico. Coincidente con la tendencia *NYRW*, línea *pro-women*, que insiste en las condiciones materiales que impiden una verdadera elección a las mujeres so pena de sufrir soledad, empobrecimiento y privación sexual, nuestra autora señala inmediatamente que los hombres poseen todos los resortes del poder: no sólo controlan la ideología del sistema (ciencia, arte, religión, filosofía) sino también la industria, las finanzas, el ejército, la policía y la política.

Afirma Millett que los principios del patriarcado son dos: dominio del macho sobre la hembra y del macho adulto sobre el joven. Por lo demás, su diversidad es

(13) Cf.. Moi Toril, *Teoría literaria feminista*, trad. de Amaia Bárcena, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 38-44. En lo que se refiere a sus cualidades de crítica literaria, Toril Moi afirma que K. Millett se atrevió a enfrentarse al dogma de la Nueva Crítica de los años sesenta al realizar una lectura del texto a la luz del contexto social y cultural, posición en la que la han seguido todas las críticas literarias feministas posteriores.

(14) Amorós, C., "El feminismo como *exis* emancipatoria", En *Actas del Seminario Permanente "Feminismo e ilustración" 1988-1992*, Universidad Complutense de Madrid, 1992, p. 85.

muy grande. El patriarcado se adapta a diferentes sistemas económico-políticos (feudalismo, democracias occidentales, socialismos reales) y es universal. Más tarde, Heidi Hartmann elaboraría esta idea de la "adaptación" del patriarcado a los distintos sistemas de organización social y en particular al capitalismo.(15) Nuevamente encontramos en Millett uno de los principios del feminismo radical: la dominación patriarcal no es un subproducto del capitalismo y no desaparece simplemente con la revolución socialista.

Otra observación interesante que realiza es la de las interferencias entre rango social y sexual: la pertenencia a estamentos privilegiados del Antiguo Régimen dio a ciertas mujeres mayor poder que en la democracia posterior. En sus comentarios de literatura, mostrará esta misma dinámica en el interior de las sociedades modernas cuando señala en autores como Lawrence la frecuente fantasía de humillación de una mujer rica por parte de un hombre pobre. Recordemos que análisis semejantes sobre las contradicciones entre distintos tipos de rango son realizados por Shulamith Firestone cuando estudia con enorme lucidez las relaciones entre negros y blancas en uno de los capítulo más relevantes de *La dialéctica del sexo*.(16)

El enfoque de la relación entre clase, raza y sexo en Millett puede considerarse una respuesta a la negativa de la nueva izquierda a considerar a las mujeres como colectivo oprimido. La autora muestra la analogía entre el funcionamiento de la superioridad de raza y la de sexo con el ejemplo del médico o abogado negro que es superior en estatus social al cultivador blanco pero éste se considera superior por rango racial. El prejuicio sexista es aún más poderoso que el racial (alusión a la ceguera de la New Left): la mujer es un "amortiguador" que ayuda al proletariado a soportar las bofetadas del sistema y promover el sentimiento de unidad masculina (en términos de Amelia Valcárcel, la mujer se convierte en "objeto transaccional de dominación").

Con respecto al origen histórico del patriarcado, Millett guarda un prudente silencio, renunciando a especular sobre sus causas (a pesar de que una alusión breve muestra que acepta las tesis de la época, ampliamente refutadas por la antropología actual, sobre la existencia de un pre-patriarcado igualitario con culto a la fertilidad (en la parte histórica del libro se referirá a Bachofen, Morgan y a *Las Euménides* de Esquilo). Para desactivar los supuestos biologicistas generalmente empleados por los que sostienen la "naturalidad" del patriarcado, utiliza el mismo argumento que emplearan D'Alembert en el siglo XVIII y John Stuart Mill en el XIX: las diferencias sexuales "reales" no se conocerán hasta que no exista paridad en el trato dispensado a ambos sexos, mientras continúe la discriminación y la socialización patriarcales, será imposible distinguir la parte natural de la cultural.

Acorde con la posición inicial dominante entre las feministas radicales americanas (punto de vista abandonado por una parte de ellas hacia 1975 con el surgimiento del

(15) Hartmann, H., "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo" en *Zona abierta*, nº 24, 1980, trad. de Pilar López.

(16) Firestone, S., *La dialéctica del sexo*, Barcelona, Kairós, 1973, capítulo 5, "El racismo o el sexismo de la familia humana", pp. 133-58.

feminismo cultural), distingue entre sexo (biológico) y género (cultural). Este último se adquiere con el lenguaje, en torno a los 18 meses. Puesto que el ser humano no posee instintos (patrones hereditarios de conducta muy complejos) sino impulsos y reflejos, considerará a la sexualidad como una pulsión modelada por la cultura, la cual determina las formas en que se realiza, el objeto de deseo, etc. Vemos, pues, que su enfoque de la sexualidad es constructivista. El sadismo masculino es un acto ritual catártico del grupo. La violencia masculina es política del sistema patriarcal, no un resultado de la genética del varón.

Como ya hemos apuntado anteriormente, a diferencia del grupo "The Feminists" y del feminismo cultural americano posterior, Millett considera que el dominio económico es fundamental en el patriarcado, que se apoya en el trabajo no remunerado de las mujeres. El feminismo radical de Millett no es un feminismo socialista que reduzca el problema de la dominación masculina a relaciones económicas de explotación pero tampoco cae en un mero psicologismo.

Aunque suele recurrir a la fuerza (violaciones, excisión, prohibición del aborto, prostitución, reclusión, velo, etc), el patriarcado se apoya en el consenso el cual, a su vez, es generado por la socialización diferencial de género. *Sexual Politics* afirma la interrelación entre estatus, temperamento y rol. El primero o componente político es el determinante de los otros dos que son, respectivamente, los componentes psicológico y social. La familia moderna con los roles diferenciados para hombre y mujer tiene un importante papel en la reproducción de estos componentes. Observemos que, a diferencia de las explicaciones tradicionales sobre los sexos y de algunas teorías feministas que parten del primado de lo psicobiológico, para Millett el temperamento se halla determinado por el estatus, el sistema patriarcal produce sus individuos, produce género. Nuevamente la comparación con los análisis del racismo es sumamente reveladora. Millett cita estudios que demuestran que los rasgos atribuidos a negros y mujeres son similares (inteligencia inferior, instintivismo y sensualidad, hipocresía) y también son parecidas las estrategias del oprimido en cada caso (actitud de insinuar o implorar, técnicas de influencia que explotan los puntos débiles del opresor, deseo de dominio oculto tras el aparente desamparo o ignorancia). El colectivo femenino exhibe características psicológicas propias de las minorías discriminadas. La interiorización de los valores patriarcales impide la autoestima ya que las mujeres se menosprecian y menosprecian a las demás. Como otros miembros de grupos marginados que han tenido éxito social, las que han destacado en algún aspecto suelen hacer declaraciones "femeninas" (antifeministas) para subrayar su aceptación del orden patriarcal. De esta forma, son utilizadas contra su propio grupo de origen.

En su análisis de la política patriarcal, Millett incluye el mito y la religión. Como lo hiciera S. de Beauvoir, estudia la imagen mítica y religiosa de la mujer forjada por el patriarcado. Sostiene que no es la "alteridad" de la mujer la que crea las relaciones patriarcales sino lo contrario: las relaciones patriarcales hacen de la mujer la Otra sobre la que se proyectan significaciones de impureza y malignidad. Para ejemplificar este fenómeno, alude a la generalizada interpretación de la menstruación como impureza en diferentes pueblos primitivos y a las figuras de Eva y Pandora que consagra-

ron, en la tradición hebrea y griega respectivamente, la identificación mujer-sexo-pecado.

Millett concluye esta primera parte de su libro dedicada al análisis del patriarcado señalando lo que considera la más poderosa dificultad que enfrenta el feminismo: "Tal vez la mayor arma psicológica del patriarcado consista, simplemente, en su universalidad y longevidad. Apenas existen otras formas políticas con las que se pudiera contrastar o con relación a las cuales se pudiera impugnar. Si bien cabe decir lo mismo de las clases sociales, el patriarcado se halla más fuertemente enraizado que éstas, merced a su fructuoso hábito de apoyarse en la naturaleza".[17] Pero, sugiere, el análisis crítico, la discusión y hasta los mismos discursos reactivos son signos de la posibilidad de cambio. Como lo prueba el período histórico que se dispone a analizar, el de la primera ola feminista, el discurso contestatario posee capacidad de generar reformas.

Hoy, más de veinte años después de la publicación de *Sexual Politics*, podemos decir que la segunda ola de feminismo de la que Millett forma parte ha producido también importantes reformas y transformaciones de la estructura patriarcal. Sin embargo, los análisis de Millett siguen teniendo vigencia porque nos hallamos aún muy lejos de haber superado la sociedad criticada por las feministas radicales de los setenta.

Actualmente, frente a algunas derivas esencialistas y biologicistas del feminismo (L. Irigaray, G. Greer,[18] etc) pienso que es necesario retornar a las fuentes de un movimiento que interpretó la relación entre los sexos en clave política. En ese sentido, la lectura de esta obra de Kate Millett es un indispensable estímulo para nuestra reflexión.

(17) Millett, K., op. cit., p. 77.
(18) Con respecto a la evolución de G. Greer hacia un esencialismo biologicista, ver Puleo, A., "De Marcuse a la sociobiología, la deriva de un feminismo no ilustrado" en este mismo volumen.